EL TEATRO

DIA DE PRUEBA

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. VICENTE COLORADO

Y

D. FRANCISCO F. VILLEGAS

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
Pez, 40 y Pozas, 2, segundo.
1894

EL TEATRO

DIA DE PRUEBA

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. VICENTE COLORADO

Y

D. FRANCISCO F. VILLEGAS

Estrenado en el Teatro Español con extraordinario éxito la noche del 16 de Enero de 1894.

MADRID
Establecimiento tipográfico de Agustin Avrial,
San Bernardo, 92.—Teléfono 3.074.
1894

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA	Sra. D.ª Julia Sala.
ANDRÉS	D. Wenceslao Bueno.
DON FERNANDO	» José Mata.
JUAN	» Francisco Gómez.
CURRO	» Salvador Soler.
LUIS	» Rafael López.

La acción, en Madrid, empieza al amanecer del día 2 de Mayo de 1808, y termina á la misma hora del día siguiente.

ACTO PRIMERO

Jardín de casa particular; á la derecha del público pabellón con escalinata practicable; en el fondo verja de hierro con puerta; árboles, arbustos, macetas, macizos de plantas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

JUAN

¡Ya terminé!... ¡Buena siega!...
Ni una flor queda en las ramas.
¡Pobres rosas! pronto mustias,
marchitas y deshojadas,
seréis despojos del viento;
las mismas manos que os daban
con tanto amor la existencia,
ahora la vida os arrancan...
Pero, en fin, ¡qué se ha de hacer!
el amo es amo y lo manda.
Como hay boda, don Fernando
á los novios agasaja,
y quiere que sea un nido
de flores toda la casa.
¡Dichosos ellos!... ¡y triste,
triste de Andrés!... Siempre pasa
lo mismo; las alegrías
de los felices se labran
con las penas del que sufre:
¡es la condición humana!
para un ramo, ¡cuántas flores!

para un goce, ¡cuántas lágrimas!
¡Ay! cuando mi Andrés se entere
de que María se casa...
porque, aunque jamás lo ha dicho,
la adora con toda el alma;
Dios le dé resignación
para sufrir su desgracia.
Pero, ¿y Curro?
(Llamando.) ¡Curro!... Vamos;
¿por dónde demonios andas?

ESCENA II

JUAN y CURRO

CURRO. ¿Qué quiere usted, señor Juan?
JUAN. Que cojas el cesto y vayas
á adornar la galería
y el pabellón.
CURRO. ¡Pues no es nada!...
¡si no se encuentra un capullo
por un ojo de la cara!
¡Qué degollina de flores!
¡qué limpias están las ramas!
Y la cosa lo merece;
la señorita se casa
hoy con don Luis, y hay que echar
el jardín por la ventana.
¡Qué excelente pareja hacen!
ella es joven, buena y guapa
y él es rico y un real mozo.
JUAN. Pero, ¿callarás?
CURRO. ¡Qué gracia!
callar, cuando la alegría
me sale á brincos del alma.
¡Qué gran día, señor Juan!
JUAN. *(Con tristeza.)*
¡Muy bueno!
CURRO. ¡Pues ahí es nada!

Dentro de poco la boda,
después refresco en la sala;
luego en el patio nosotros
armaremos la gran zambra;
vendrá Lucas el barbero,
que hace hablar á la guitarra,
y la Petra con su novio,
y la Rosario, y la Paca,
y el pinche, y el cocinero,
y usted y yo... ¡hasta mañana
habrá jota, y seguidillas,
y bromas, y risa, y...

JUAN. ¡Basta!

CURRO. ¡Si viera usted la cocina!...
aquello parece Jauja.
Aquí hay un par de jamones,
allí un cordero que sangra,
más allá pollos rellenos
y truchas asalmonadas;
al otro lado licores,
quesos, bizcochos, naranjas,
varios pellejos de vino,
y dulces y mantecadas.
¡Cómo el asado se queja
porque le tuestan las ascuas,
mientras murmura el puchero
y refunfuña la grasa!
Las mozas pelan las aves
y, al par que las pelan, cantan
al compás de los morteros
donde los pinches machacan...
¡Qué música, señor Juan!

JUAN. Para música tu charla.

CURRO. ¿Se enfáda usted?

JUAN. Me impacientas.

CURRO. ¡Si tiene usted una cara
más triste que el Viernes Santo!

JUAN. Pues no estoy triste, te engañas.

Cada cual goza á su modo.

CURRO. ¡Qué alegría esa tan rara!

JUAN. Hay lágrimas que se ríen
y risas que vierten lágrimas.

CURRO. Eso no reza conmigo;
me gustan las cosas claras;
¿que estoy contento?... alegría,
y saltos, y carcajadas;
¿que estoy triste? hago pucheros
y la pena me atraganta.
En cambio otros... como Andrés...

JUAN. ¿Qué dices de Andrés?

CURRO. Yo, nada
puedo decir que le ofenda;
que á bueno nadie le gana,
y es valiente como el Cid,
y generoso sin tacha;
pero, como divertido
y alegre, según las trazas,
es también de los que ríen
igual que lloran en Francia.

JUAN. ¿Pues qué ha ocurrido?

CURRO. A eso voy.
Ayer, al salir de casa,
le hallé en la esquina del Prado
inmóvil como una estatua.
—«Hola, Andrés», le dije yo,
«¡buena se va á armar mañana!»
—«¿Que se va á armar?... ¿Qué sucede?»
—«¿Tú no sabes lo que pasa?»
—«Dímelo y me enteraré.»
—«¡Si hace ya un mes que no se habla
de otra cosa, y en el barrio
lo saben hasta las ratas!
Pero como tú no has ido
á vernos desde las Pascuas
de Navidad...»
—«¿Y qué es ello?»

—«¡Qué ha de ser! Pues que se casa
la señorita María
con don Luis.»
—«¿Cuándo?»
—«Mañana.»

JUAN. ¡Ah, Curro! ¿Qué es lo que hiciste?
(Aparte.)
(¡Y yo que se lo ocultaba!)

CURRO. ¿Pues qué mal había en ello?

JUAN. Dices bien; pero... tan grata
noticia... así... de repente...

CURRO. ¡Pues si viera usted qué cara
puso Andrés!... ¡ni la de un muerto!
Y luego, casi con rabia,
asiéndome de este brazo
que por poco me le arranca,
prorrumpió desencajado
y comiéndome á miradas:
—«Eso no puede ser, Curro.»
Mas cuando yo le juraba
que decía el Evangelio,
repuso:—«Perdona, y gracias;
te agradezco la noticia.
Adiós, Curro; hasta mañana;
no faltaré.»

JUAN. ¿Eso te dijo?

CURRO. Con esas mismas palabras.

ESCENA III

JUAN, CURRO y D. FERNANDO

D. FER. ¡Cómo se entiende! ¿Os estáis
charlando con esa calma
habiendo tanto que hacer?...
¡Me gusta vuestra cachaza!
¡Ea, Curro! A trabajar.

CURRO. *(Cogiendo el cesto de flores y yéndose á escape:)*
Allá voy.
D. FER. ¡Valiente alhaja!
¿Por qué me miras tan serio?
¿en qué piensas? ¿qué te pasa?
¿eres de yeso ó de carne?
¿no tienes ni una palabra
para mí de enhorabuena?
JUAN. Bien sabe Dios que mi alma
siente por suyos los duelos
y alegrías de esta casa.
D. FER. Por eso deseo, Juan,
que conmigo los compartas.
Ya somos viejos amigos.
JUAN. ¡Tan viejos!
D. FER. Desde la infancia
hasta hoy, hemos pasado
muchas penosas borrascas
tú y yo juntos; ¿lo recuerdas?
JUAN. ¡Ya lo creo!
D. FER. La más mala
fué la muerte de mi esposa...
¡pobrecilla! ¡Era una santa!
JUAN. Más buena que el pan.
D. FER. ¡Oh! Si ella
viviese hoy, y presenciara
la boda de su María...
Dios dispuso de su alma;
desde el cielo nos contempla,
y en el cielo nos aguarda...
En fin, mientras llega el día
en que hemos de ir á buscarla
(que será pronto), pondremos
al mal tiempo buena cara.
Y no lo digo por hoy,
que, á la vez que en nuestras almas,
resplandece en todas partes

la alegría: está la casa
que parece un jubileo;
la primavera embalsama
el ambiente, ni una nube
el azul espacio mancha,
y el sol su madeja de oro
en el oriente desata...
la naturaleza entera
hoy se ha vestido de gala.

JUAN. Para el que es feliz, ¡gran día!
mas, para el triste...

D. FER. ¡Quién habla
de tristezas!

JUAN. Yo pensé...

D. FER. Vamos á ver, ¿qué pensabas?

JUAN. Que cuando á boda repican
en la iglesia las campanas
nace un amor y otro muere.

D. FER. ¡Quién hace caso de fábulas!

JUAN. Por algo lloran los padres
cuando los hijos se casan.

D. FER. Se llora... porque se llora...
sin fundamento, sin causa.
Porque María se case
(¡algún día he de casarla!),
¿voy á llorar como un tonto?
¡ni que fuera una desgracia!
¿La voy á enterrar acaso?
¿no la adoro? ¿no me ama?
¿no soy su padre? ¿no es mi hija?
¿no vendrá á verme á esta casa?
¿no iré yo?... ¡El diablo te lleve!
que la lengua se me traba
y ya no sé lo que digo,
ni lo que pienso, ni nada..
Toda la noche he pasado
dando vueltas en la cama,
sin poder pegar los ojos

ni hallar instante de calma.

JUAN. ¡La alegría!... es natural.

D. FER. Pues bien; no, señor. Pensaba
en que hace veintidós años
que María me acompaña
constantemente, y en que hoy...
esa dicha se me acaba.
El pájaro va á romper
los alambres de su jaula,
y, con júbilo, á otro hogar
extraño tiende las alas.

ESCENA IV

DON FERNANDO y MARÍA

(Juan al principio que está en escena, termina sus quehaceres y se marcha.)

MARIA. ¡Ya levantado aunque el día
ha amanecido hace poco!

D. FER. Pues, por tu parte, tampoco
te has descuidado, María.

MARÍA. Esta noche, casi toda
la pasé en claro.

D. FER. Es sabido;
¡qué muchacha habrá dormido
la víspera de su boda!

MARÍA. ¡Padre mío!

D. FER. No es reproche;
tal contento...

MARÍA. No, señor;
la tristeza y el temor
me han desvelado esta noche.

D. FER. ¿Qué estás diciendo?

MARÍA. No sé
que triste presentimiento
amargó mi pensamiento

que, á pesar mío, llòré.
En el cielo que parece
más azul, de pronto sube
sin saber cómo una nube
que cielo y tierra obscurece.

D. Fer. También lo mismo sentí;
pues temo que, tu amor fiel,
sea todo para él...
y el olvido para mí.

María. ¿Qué dice usted?

D. Fer. La verdad,
por terrible que parezca.

María. Hará usted que me entristezca
tan injusta crueldad.
¿No le amo á usted con pasión?

D. Fer. ¿Será cierto?

María. ¡Y lo ha dudado!

D. Fer. Hoy cambias, hija, de estado.

María. Pero no de corazón.
Ya sabe usted que no he sido
la que proyectó mi boda;
y si con el alma toda
sus consejos he seguido,
es porque á usted ciegamente
amo con amor inmenso,
padre; y así amarle pienso,
como ahora, eternamente.

D. Fer. Sigue, sigue; ¡cuánto bien
me hacen tus palabras!

María. Vamos,
usted quiere que riñamos.

D. Fer. Estoy celoso.

María. ¿De quién?

D. Fer. ¡Oh! no creas que te riño,
ni te enojes si me quejo;
soy tu padre y soy ya viejo,
es decir, dos veces niño.
Egoísta, he codiciado

que sólo para mí fuera
tu amor, que tu vida entera
me la hubieses consagrado;
perdona tanta ambición;
siempre te he querido así;
tú eres todo para mí:
alma, vida y corazón.
Sí; desde tu nacimiento
has llenado mi existencia;
de tu amor y tu presencia
se nutrió mi pensamiento;
como un chiquillo, siendo hombre,
gocé en tu primer sonrisa,
y en la palabra indecisa
con que decías mi nombre;
sostenida por mis brazos
á andar de niña aprendiste,
y á mí, antes que á nadie, diste
tus besos y tus abrazos;
ya joven, tus alegrías,
tus esperanzas, tus penas,
tus horas malas y buenas
fueron mías, sólo mías.
Así el tiempo y el amor
formaron tan firmes lazos,
que hoy, al hacerse pedazos,
me va á matar el dolor.

MARÍA. ¡Padre!

D. FER. A tu dicha me inmolo,
mas tiemblo al ir á perderte;
sin ti, á mis años, la muerte
es preferible á estar solo.

MARÍA. ¿A qué hablar de soledad,
de dolor y de morir,
puesto que hemos de vivir
con la misma intimidad?

D. FER. ¿Siempre bajo el mismo techo?...

MARÍA. ¿Quién ha pensado otra cosa?

D. FER. ¿Siempre á tu lado?
MARÍA. Y dichosa
de verle á usted satisfecho.
D. FER. Eso es todo lo que ansío:
no separarme de ti
nunca.
MARÍA. ¡Qué fuera de mí
lejos de usted, padre mío!
D. FER. ¡Nunca me dejes, María!...
MARÍA. Pero, ¿qué motivo he dado
para que haya usted pensado?...
D. FER. ¡Oh! perdona mi porfía.
Dices muy bien. A mi edad
se discurre lo peor.
¡Siempre juntos!
MARÍA. Sí, señor;
siempre.
D. FER. ¡Qué felicidad!

ESCENA V

D. FERNANDO, MARÍA y ANDRÉS

D. FER. Mira quién viene, hija mía.
MARÍA. Andrés.
D. FER. Le estaba esperando.
AND. . Buenos días, don Fernando;
que Dios te guarde, María.
MARÍA. ¿Por fin te has dejado ver.
D. FER. Pero, hombre, ¿qué te ha impedido
en medio año haber venido
por esta casa?
AND. El deber.
D. FER. ¡El deber!... Pues el primero,
sea ese tuyo cual fuere,
es querer á quien nos quiere
con afecto verdadero.
AND. Crea usted que para mí
antes es eso que todo.

D. Fer. ¡Lo disimulas de un modo,
que dudo si será así!
And. ¡Oh! no me haga usted la ofensa
de dudar de mi cariño;
quien le debe desde niño
á usted gratitud inmensa,
¿cómo había de olvidar
tal deuda en su juventud?
D. Fer. ¿Quién habla de gratitud?
And. Déjeme usted recordar;
que aunque entonces mi memoria
era frágil, aún grabada
de mi niñez desgraciada
llevo aquí *(señalándose el pecho)* la triste historia.
Huérfano, desamparado,
sin asilo, sin parientes,
vagabundo entre las gentes,
hambriento y desabrigado,
iba solo y dolorido
por las calles al azar,
como el ave que al tornar
al nido no encuentra el nido;
cuando un hombre, un artesano
que por mi lado pasó,
se detuvo y me tendió
mudo de emoción la mano.
D. Fer. Era Juan.
And. Si, mi buen Juan,
que llevándome consigo,
al huérfano le dió abrigo
y partió con él su pan.
Me trajo aquí, refirió
acción tan noble y honrada,
y usted, con voz alterada
y balbuciente, exclamó:
—«Bien hecho está lo que has hecho;
serás para él un padrazo»;
y á la vez que en un abrazo

le oprimió contra su pecho:
—«No sólo aplaudo tu acción,
sino que también—le dijo—
al que tú adoptas por hijo,
le doy yo mi protección.»
¡Y aún duda usté de que le ame!...
Si llegara á suceder
tal cosa, fuera yo el ser
más indigno, más infame.

D. FER. ¡Por vida de!... ¡Pues no toma
la cosa por donde quema!
Vamos, hombre, ten más flema
para sufrir una broma.

MARÍA. Debió de entenderlo así;
pero yo no le perdono
tantos meses de abandono.

D. FER. ¿Por qué no has venido aquí,
como solías hacer,
á vernos de vez en cuando?

AND. Ya dije á usted, don Fernando,
que mi deber...

D. FER. ¿Qué deber?

AND. ¿Ignora usted por ventura
que en todas partes aumenta
cierto rumor de tormenta
que grandes males augura?

D. FER. Es verdad.

AND. Del Pirineo,
que Dios y naturaleza
erigieron fortaleza
digna de marcial empleo,
á Cádiz, que sus pies baña
en dos mares cuyas olas
besan playas españolas,
no hay un rincón en España
que no vea con temor
al ejército francés
llegar amigo, y después

avanzar conquistador.
Ellos pisan nuestras leyes,
mandan en nuestros hogares,
ultrajan nuestros altares
y cautivan nuestros reyes;
¡y aun llaman con insolencia
nuestro deber osadía,
la libertad rebeldía
y crímen la independencia!

D. Fer. ¿Y hay quien sufra tal cinismo?

And. En todos los pechos late
la indignación, y el combate
estallará; acaso hoy mismo.

María. ¡Hoy mismo!

D. Fer. Andrés exagera;
su imaginación se exalta
y...

And. ¡Exagerar!... ¡Ay, si salta
la chispa y prende la hoguera!
porque será asolador,
voraz y terrible incendio,
tanto como el vilipendio
que nos causa el invasor.
Salga y recorra Madrid,
vaya y hable en cualquier parte;
cada casa es un baluarte,
en cada pecho hay un Cid;
sólo un acto de imprudencia,
y el pueblo, con arrogancia,
se lanzará contra Francia
al grito de independencia.

D. Fer. A mí no me pesaría;
lo digo como lo siento.

María. Vamos, un loco hace ciento;
¿también usted?...

D. Fer. Sí, hija mía;
soy viejo, mas, como lleguen
las cosas hasta el amén,

¡juro á Dios que yo también
he de ser de los que peguen!
Que no cometan excesos
y se vayan á su tierra;
pues como estalle la guerra,
se dejan aquí los huesos.
¡Qué! ¿No recuerdan su historia?
Allí habrán visto con creces
que, nuestras armas, mil veces
los derrotaron con gloria.
¿Y hoy nos quieren someter
como á esclavos sin honor?
¿Piensan que nuestro valor
no es hoy el mismo de ayer?
Si nos tratan de oprimir,
con sangre lo han de llorar,
porque es más fácil entrar
en España, que salir.
(Transición.)
Mas quizá en este momento
como el héroe de Cervantes,
pensamos que son gigantes
unos molinos de viento.
Lo que fuere sonará.
Esperadme; voy á dentro
un instante, á ver si encuentro
todo preparado ya.

ESCENA VI

MARÍA y ANDRÉS

MARÍA. ¡Oh! Me han llenado de inquietud el alma
esos tristes presagios que has traído.
AND. ¿Temes que turben la apacible calma
de tu felicidad?
MARÍA. No, no han nacido
de un impulso egoísta mis temores

me conmueve el pesar, su angustia siento,
y al fondo de mi ser llega el lamento
que en la tierra levantan los dolores.
Soy débil, soy mujer; aquí nacida,
tranquilos corren para mí los años
apartada del mundo; mas, ¡qué vida
no ha sido más ó menos combatida
por cruëles y amargos desengaños!

AND. ¡Qué sabes de dolor!

MARÍA. No digas eso.
¡Que no sé de dolor!... ¡Cuánto te engañas!
¡Pues qué sentí cuando el postrero beso
dejó en mis labios, al morir, impreso
la madre que me tuvo en sus entrañas!
¡Que no sé de dolor!... ¡Ay, cuántas penas,
como en el mío, vi en otros hogares
que cuajaron la sangre de mis venas!...
¡Qué infinitos y varios los pesares
que en todas partes, por diversos modos,
germinan espontáneos en la tierra!...
Pero ninguno, Andrés, como la guerra,
que es el supremo mal, causa de todos.

AND. Ese es el mundo, valle de amargura;
pero el hombre más ruin y desgraciado
probó entre tantas hieles la dulzura;
sólo yo, sin consuelo y sin ventura,
el dulzor de la vida no he gustado.

MARÍA. ¿Pues qué te falta?

AND. ¿Que me falta, dices?
Una madre que amar y que me ame,
y, para hacer mis horas más felices,
bálsamo en las abiertas cicatrices
de mi angustiado corazón derrame.
Jamás la conocí; ¡santa quimera
que en vano á mi memoria restituyo!
Quizás el pecho que por vez primera
á mis sedientos labios ofreciera
el jugo de la vida, no fué el suyo.

¡Parece que en el mundo se ha agotado
la fuente del amor!... Mientras devoro
tantas ansias de amar y ser amado,
indiferente pasa por mi lado
y veloz huye lo que más adoro
cual huye la salud del apestado.

MARÍA. ¡Qué pronto, Andrés, tu corazón olvida!
Mi padre, Juan y yo, ¿no te queremos!

AND. Pero el amor que llena nuestra vida,
el tierno amor de la mujer querida,
á quien, de hinojos ante Dios, cedemos
corazón, alma, vida, honor y nombre,
amor santo, amor grande, amor eterno
que no ha sido negado á ningún hombre,
ese amor celestial, ¡ay!, es mi infierno.

MARÍA. ¿Has amado quizá?

AND. Con alma y vida.

MARÍA. ¿Y la que adoras?...

AND. Nunca lo ha sabido;
pertenece ya á otro hombre.

MARÍA. Pues olvida.

AND. Amo una vez, pero jamás olvido.

MARÍA. Los años calmarán todos tus duelos.

AND. Los años no han de darme alivio alguno.

MARÍA. En otro amor encontrarás consuelos.

AND. Mi amor es como el Dios que está en los cielos:
infinito, inmortal, eterno y uno.
(Breve pausa.)
¡Y hubiera sido tan feliz!... Cifraba
en su amor mi ventura; de mis penas
al deseado término llegaba,
y por ella ser grande ambicionaba
y derramar la sangre de mis venas.
Pero ella, indiferente, no veía
este profundo y vivo sentimiento
en que mi pecho apasionado ardía;
¡no lo advirtió jamás!... Hasta que un día
en otro hombre fijó su pensamiento.

Presencié el despertar de sus amores,
inundarse su pecho en dulce encanto
como el cielo en el alba de colores,
sus sueños, sus miradas, sus temores...
¡Ay! ¡cuánto mi alma ha padecido! ¡cuánto!

MARÍA. Mucho debiste de sufrir.

AND. No hubiera
á este nuevo dolor sobrevivido
si otra pasión, no menos verdadera,
no menos grande y santa, no viniera
á levantar mi espíritu abatido.

MARÍA. ¿Otra pasión?

AND. Inerme y ocupada
por extranjera y aguerrida tropa,
vi á mi patria entregarse confiada
á ese genio terrible cuya espada
cubre de sangre á la vencida Europa.
Por vez primera entonces, desde el fondo
del alma mía, enardecido, siento
que á tan tremenda angustia correspondo
con un impulso irresistible y hondo
que el peligro hace amar con ardimiento:
el amor de la patria; el más sagrado
de todos cuantos hay en nuestro pecho;
amor que al débil trueca en esforzado;
amor puro, amor fuerte, amor honrado,
que mil héroes y mártires ha hecho.
¡Dar mi sangre y mi vida en tu defensa,
verte grande y feliz cual fuiste un día,
volver por la honra tuya ante la ofensa,
eso siente, eso quiere y eso piensa
por ti mi corazón, oh patria mía!
Tú eres mi madre, tú la amante esposa
que mis penas mitiga con sus besos;
pueda antes de morir verte dichosa
y en tu seno tener la humilde fosa
donde duerman en paz mis pobres huesos!

ESCENA VII

ANDRÉS y JUAN

JUAN. Preguntan por ti, María.
MARÍA. Allá voy. Andrés, quisiera
que tuya mi dicha fuera
y tu desventura mía.
AND. Deseo de todos modos
que seas feliz.
MARÍA. Lo creo;
y yo, Andrés, también deseo
veros felices á todos.
(Vase María; Andrés queda pensativo, y hay una breve pausa.)
JUAN. ¿En qué piensas?
AND. En mil cosas
y en nada.
JUAN. Di, ¿cuáles son?
AND. Me esperan; ya habrá ocasión...
JUAN. ¿En qué empresas sediciosas
andas metido?
AND. ¿Yo, empresas?
JUAN. Sí, Andrés; he oído contar
que os disponéis á luchar
contra las tropas francesas;
y, según lo que he sabido,
en reunión celebrada
por gente juramentada,
su jefe te han elegido.
Dime, ¿es verdad?
AND. Verdad es;
mis amigos me han honrado
con ese puesto.
JUAN. Cuidado;
mira lo que haces, Andrés.

¿Qué intentáis?

AND. Salvar á España.

JUAN. ¡Temerario pensamiento!
¿Y no veis que ese ardimiento
que os envanece, os engaña?
Sin jefes y sin soldados,
sin armas ni municiones,
¿qué haréis contra esas legiones
de guerreros esforzados,
de mil victorias testigos
frente adversario mejor?

AND. El verdadero valor
no cuenta los enemigos.

JUAN. El valor, sin la prudencia,
es locura y fanatismo.

AND. No hay grandeza ni heroísmo
sin un poco de demencia.

JUAN. Pero, insensato, ¿qué harás,
si sois unos cuantos locos?

AND. ¿Qué haremos siendo tan pocos?...
pues dar ejemplo á los más.
Mi pecho indignado late;
á mis amigos juré
luchar con ellos, é iré
guiándolos al combate.

JUAN. El éxito, en cualquier obra,
es del más hábil. Vosotros,
¿con quien contáis?

AND. Con nosotros.

JUAN. ¡Buen puñado!

AND. Basta y sobra.
Si opresa la patria gime,
el pueblo se sacrifica.

JUAN. Y el fuerte le crucifica.

AND. ¡Qué importa, si la redime!

JUAN: No quiere á su patria más
el que más la compromete.

AND. ¿La amará el que se somete

al extranjero, quizás?

JUAN. Esperar es lo mejor.

AND. El sufrimiento no espera.

JUAN. ¿Y si todo se perdiera?

AND. Se habrá muerto con honor.

JUAN. ¡Buen consuelo!

AND. Nuestra hazaña
otras puede fomentar;
gota á gota se hace el mar,
grano á grano la montaña.

JUAN. Estás ciego.

AND. No me pesa:
todo á la patria se inmola.
Corra mi sangre española
derramando la francesa.

JUAN. En vano tratas, Andrés,
de engañarme y de engañarte;
no es eso lo que á arrojarte
te induce al peligro.

AND. ¿Qué es?

JUAN. ¿Qué?... Que estás desesperado.

AND. No entiendo á usted.

JUAN. O no quieres
entenderme.

AND. ¡Por Dios!

JUAN. Eres,
en verdad, muy desdichado.
Sé que has puesto el alma toda
en una mujer.

AND. ¡María!

JUAN. Que con otro, en este día,
ha de celebrar su boda.

AND. ¿Y usted piensa?...

JUAN. Y con razón;
que tu pesar es tan fuerte,
que busca alivio en la muerte
tu angustiado corazón.

AND. ¿Eso piensa?... No es mi pecho

tan frágil que, al arrostrar
los embates del pesar,
caiga en pedazos deshecho;
el infortunio ha templado
mi alma, no hay pesadumbre
que no tenga por costumbre,
pena que no haya arrostrado;
mas, aunque la dicha anhelo,
aunque el amor de María
mi felicidad sería,
le juro á usted por el cielo
que si ella me llama ahora
para llevarla al altar
y oigo á mi patria á la par
que oprimida gime y llora...
no lo dude usted, la palma
del martirio abrazaría,
y por mi patria daría
dicha y amor, cuerpo y alma.

JUAN. No aplaudo tu desvarío.

AND. Nuestra patria es nuestra madre.

JUAN. ¿Y yo? ¿no me llamas padre?
¿no me quieres?

AND. ¡Padre mío!
más que padre, ciertamente;
pues no debiéndole el ser
se impuso tan gran deber
y me amó entrañablemente.

JUAN. Y ahora debes, en conciencia,
como la vida yo á ti
te he consagrado, tú á mí
consagrarme tu existencia.

AND. Jamás á su padre ha honrado,
ni merece amor ni vida,
quien por la patria ofendida
la sangre no ha derramado.

JUAN. ¡Andrés, hijo mío!...

AND. Adiós,

que viene aquí don Fernando,
y no ha de verme.

JUAN. ¿Hasta cuándo?

AND. Hasta cuando quiera Dios.

ESCENA VIII

JUAN, D. FERNANDO, MARÍA y LUIS

D. FER. Parece que se retrasan
un poco los convidados.

LUIS. No me sorprende; en Madrid
pasa hoy algo extraordinario.

MARÍA. ¡Sólo faltaba que tú
vengas también á asustarnos!

D. FER. ¿Pues qué sucede?

LUIS. Ocurrir...
nada ocurre, don Fernando.

D. FER. Pues, entonces, ¿por qué has dicho
que pasa en Madrid hoy algo?

LUIS. Y es verdad. Desde mi casa
á la de usted he encontrado
por esas calles y plazas,
tan desiertas de ordinario
á estas horas, numerosos
grupos de hombres conversando
en voz baja y con misterio;
todos ellos, agitados,
accionaban con viveza
y miraban de soslayo,
con ademanes y gestos
incomprensibles y extraños.

D. FER. Juan, ¿y Andrés?

JUAN. Salió ahora mismo.

D. FER. El quizá pudiera darnos
noticias; pero, su marcha,
me parece mal presagio.

MARÍA. ¿Por qué?
D. FER. Porque es natural
que viniera á compañarnos
como testigo á tu boda.
(A Juan.)
¿Dónde ha ido?
LUIS. Don Fernando,
¿no oye usted?
D. FER. ¿Qué?... No oigo nada.
(Rumor.)
JUAN. Es verdad; aunque lejano,
se oye un rumor...
D. FER. O soy sordo,
ó estáis vosotros soñando
(Suena una descarga lejana.)
MARÍA. ¡Jesús, María y José!
LUIS. ¿Y ahora?
JUAN. Son tiros.
D. FER. ¡Diablo!
lo que es ahora, no hay duda;
son tiros los que han sonado.

ESCENA IX

JUAN, DON FERNADO, MARÍA, LUIS y CURRO

CURRO. ¡Señor Juan, don Luis, María!
TODOS. ¡Curro!
D. FER. ¿Qué hay?
CURRO. Don Fernando,
¡qué ha de haber! ¡Que ya se armó
la de San Quintín! ¡Que vamos
á limpiarnos de franchutes
en menos que canta un gallo
D. FER. ¡Ea! Dinos lo que ocurre,
lo que has visto ó te han contado,

sin andarte por las ramas
y sin...
(Suena otra descarga.)

MARÍA. ¡Virgen del Amparo!

CURRO. ¿Oye usted? Los madrileños
están ahora celebrando
nuestra santa independencia
con el francés á balazos.

D. FER. Pero, hombre, di lo que sepas;
¿no ves la angustia en que estamos?

CURRO. Pues, en resumidas cuentas,
no sé nada entre dos platos.

D. FER. Entonces...

CURRO. Espere usted
á ver si recuerdo algo
Cuando salió Andrés de aquí,
se unió á unos hombres armados
que en una calle inmediata
parecían aguardarlo.
Hablaban al mismo tiempo;
los unos decían:—«¡Vamos
al Parque de artillería!»
otros muchos:—«¡A Palacio,
á defender á los nuestros!»
y los más de ellos:—«¡Al Prado!»
En esto que una descarga
resonó, y aprovechando
el silencio, Andrés, se sube
á una reja, y... ¡cielo santo,
la arenga que les echó!...
¡qué cosas les dijo!... ¡vamos,
que parecía que un ángel
por su boca estaba hablando!
Y, á cada palabra suya,
¡qué gritos! ¡cuánto entusiasmo!
¡viva España! ¡muera Francia!...
Y rezando este rosario,
á una voz de Andrés, se fueron

todos por la calle abajo.

D. FER. ¿Y qué más?

CURRO. ¿Quiere usted más?...

(Se oye otra descarga.)

Pues ya está usted contestado.

ESCENA X.

JUAN, DON FERNANDO, MARÍA, LUIS, CURRO y ANDRÉS

MARÍA. Andrés llega.

D. FER. Así sabremos

qué sucede.

AND. Don Fernando;

temí que ustedes se hallasen

fuera de casa.

JUAN. *(Que ha ido acercándose á Andrés.)*

¡Insensato!

D. FER. ¿Qué pasa?

AND. Que al fin llegó

la hora del desagravio.

Hace un instante han querido,

con el príncipe, arrancarnos

honor y patria, y el pueblo,

cual si estuviese animado

por solo un alma, y tuviese

nada más que un solo brazo,

acometió á los franceses

á las puertas de palacio.

MARÍA. ¿Ha corrido sangre?

AND. Mucha;

y correrá, hasta que hayamos

arrojado al extranjero

y tanta injuria vengado.

La patria nos llama á todos.

D. FER. Pues si nos llama, aquí estamos.

Curro, trae pronto mis armas.

MARÍA. ¡Padre!

D. FER. Reprime tu llanto.
Juan, tú te quedas con ella.
(Aparte Juan.)
(Sé su padre si yo falto.)

MARÍA. *(Señalando á su padre):*
Luis...

LUIS. Iré con él, María.

MARÍA. No te apartes de su lado.

CURRO. Aquí están.
(Curro trae dos escopetas que cogen D. Fernando y Luis.)
¿Y para mí?

JUAN. ¿Tú también?...

CURRO. ¡Pues está claro!
Cogeré la podadera
y... ¡zás! á podar gabachos.
(Otra descarga.)

AND. No perdamos tiempo.

MARÍA. ¡Padre!

D. FER. Hija mía, adiós. *(Se abrazan.)*
(A Andrés.) Partamos.
(Salen por el foro, formando grupo á la puerta de la verja, D. Fernando, Andrés, Luis y Curro; sobre la escalinata del pabellón Juan sostiene á María que llora. Al caer el telón se oye una nueva y nutrida descarga. Debe procurarse que esta descarga y las anteriores sean muy poco ruidosas y á la mayor distancia posible de la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación en casa de D. Fernando; puertas laterales; por la del foro se ve la arboleda del jardín; á la derecha una mesa de escribir; la acción empieza al caer la tarde y termina ya bien entrada la noche.

ESCENA PRIMERA

JUAN y CURRO (que entra en escena).

CURRO. ¿Y don Luis? ¿cómo se encuentra?
JUAN. ¡Déjame en paz!
CURRO. ¡Vaya un genio!
JUAN. Como me apuréis un poco,
cojo una estaca y la emprendo
con todo el mundo á estacazos
hasta que os muela los huesos.
CURRO. ¿Por qué razón?
JUAN. Porque sí.
CURRO. ¿Qué hemos hecho?
JUAN. ¿Qué habéis hecho?...
¡Os podéis vanagloriar
de vuestra hazaña!
CURRO. ¿Volvemos
á las andadas?
JUAN. ¡Qué día!...
CURRO. De gloria.
JUAN. Para el infierno.
Madres sin hijos, mujeres

sin esposos, pequeñuelos
sin padres... lágrimas, luto,
hambre, miseria... todo eso
queda del día de hoy;
¡mira tú lo que habéis hecho!
Y por fin de fiesta, ahí tienes
prisiones, fusilamientos...

CURRO. ¡Despues de todo... qué importa!
¡Paciencia! Tras de estos tiempos
de dolor, otros vendrán
de alegría y de contento;
mientras tanto, ¡que nos quiten
los franceses que hemos muerto!

JUAN. Por cada uno de los suyos
cayeron cien de los nuestros.

CURRO. Eso... según y conforme,
señor Juan; pues como echemos
bien las cuentas, me parece
que por allá nos iremos.
Y si no, vamos á ver,
aquí estoy yo sano y bueno
y lo menos he ensartado
á diez franceses... ¡lo menos!
pues, si cuenta los heridos,
vaya usted echando ceros;
y don Luis... ¡no digo nada!
y nuestro amo... ¡vaya un viejo!
pues, ¿y Andrés?... ese ha matado
tres ó cuatro regimientos.
Y, lo que digo, á nosotros
no nos ha pasado ni esto;
porque es verdad que á don Luis
le han hecho en el hombro izquierdo
una herida... poca cosa...
¡quién hace caso!... Por cierto
que si Andrés no sale al quite,
disparando al granadero
un tiro á boca de jarro

que le atrayesó los sesos,
está don Luis á estas fechas
más difunto que mi abuelo.
Esta es la verdad.

JUAN. Te dejas
lo peor en el tintero.

CURRO. ¿Y qué es lo peor?

JUAN. ¿No sabes,
Curro, que está puesta á precio
la cabeza de Andrés?

CURRO. ¡Claro!

JUAN. ¿Que darán miles de premio
á quien diga dónde se halla
ó le entregue vivo ó muerto?

CURRO. Eso prueba, señor Juan,
que Andrés tiene mucho mérito.

JUAN. Y que algún traidor, tentado
por el maldito dinero,
le venderá como Judas
vendió á Cristo.

CURRO. No lo creo;
ni él se dejará coger,
ni hay español que haga eso;
además, que hoy ó mañana
pondremos tierra por medio.

JUAN. ¿Dónde vais?

CURRO. A recorrer
España, pueblo por pueblo,
para que á todo «monsiú»
le retuerzan el pescuezo.

JUAN. En fin, que estáis á matar
él y tú con el pellejo.

CURRO. De la nada lo hizo Dios,
con que bien poco perdemos.

JUAN. Basta de conversación
y marcha á ocupar tu puesto;
y, si asoma una patrulla,
ven á avisarnos corriendo.

CURRO. ¡Bonito oficio! Sin armas
andar por ahí al ojeo
y correr en cuanto asomen
un par de gorras de pelo...
¡yo! que tengo tantas ganas
de echar un baile con ellos.

JUAN. Curro, ¿quieres que nos cojan
y nos fusilen?

CURRO. No quiero.

JUAN. Pues, entonces, á cumplir
con tu obligación.

CURRO. *(Haciendo una reverencia cómica.)*
Adiéu.

ESCENA II.

JUAN y D. FERNANDO

D. FER. ¿Con quién hablabas?

JUAN. Con Curro.

D. FER. Pobre muchacho; es muy bueno.

JUAN. ¿Cómo está don Luis?

D. FER. Descansa;
tiene alguna fiebre; pero
el cirujano me ha dicho
que curará en poco tiempo.

JUAN. Y el cirujano, ¿es persona
de confianza?

D. FER. La tengo
como en mí mismo.

JUAN Hay que andar
con cien ojos; donde menos
se piensa...

D. FER. No temas nada;
respondo de él.

JUAN. Bueno, bueno.

D. FER. ¿Y Andrés? ¿Ha venido?

JUAN. No.

D. Fer. ¿Dónde andará?
Juan. Estoy inquieto;
porque, según mis noticias,
le buscan con mucho empeño,
y si un traidor le descubre
y le delata...
D. Fer. ¡Le cuelgo
para escarmiento de pillos!
Juan. Pero ustedes, ¿no salieron
de aquí juntos?
D. Fer. Ya lo viste;
juntos fuimos en efecto;
mas, á los pocos minutos
de haber empezado el fuego,
cayó herido Luis; y Andrés,
con tres de sus compañeros,
nos hizo volver á casa;
desde entonces no le veo.
Pero Curro, que quedó
con él y que en todo el tiempo
que ha durado la refriega
no se apartó ni un momento
de su lado, nos ha dicho
que sin temor esperemos
su vuelta aquí, y que esta noche
llevará á un lugar secreto
á Luis, cuya herida puede
á él y á nosotros perdernos.
Esto es lo que hay; pero yo,
como tú, ya me impaciento
y temo que algún cobarde
le haya al francés descubierto.
Voy á averiguar yo mismo...
Juan. ¿Usted mismo?
D. Fer. Pronto vuelvo.
Juan. Es peligroso salir.
D. Fer. ¿Quién hace caso de un viejo?
Juan. Si no respetan á nadie.

D. FER. No importa.
JUAN. Entonces, iremos.
D. FER. No; tú te quedas en casa.
por lo que ocurra á los nuestros.

ESCENA III

MARÍA y LUIS

MARÍA. ¿Te sientes fuerte?
LUIS. Muy fuerte.
MARÍA. ¿Y el brazo?
LUIS. Bien.
MARÍA. No lo muevas.
LUIS. Si alguna vez se me olvida,
él mismo me lo recuerda
con un dolor tan agudo
que me hace ver las estrellas.
MARÍA. Pues ya sabes el remedio:
muy quietecito, y paciencia.
Siéntate en este sillón.
LUIS. ¿Y tú?
MARÍA. También; aquí cerca.
LUIS. ¡Quién había de decirnos
esta mañana, que hubieran
de ocurrir tantos sucesos...
menos el que más desea
mi corazón!
MARÍA. Es verdad.
LUIS. Cuando atravesé esa puerta,
venía alegre y dichoso
para llevarte á la iglesia;
y de repente, María,
la boda se trocó en guerra,
nuestras galas fueron luto
y las alegrías penas.
Pero al fin, todo ha pasado.

MARÍA. ¡Oh! ¡Quién sabe! La sangrienta
lucha de hoy, y sus terribles
dolorosas consecuencias,
engendrarán nuevos males;
que siempre vienen las penas
á bandadas.

LUIS. No, María;
desecha tales ideas.
Y ahora, hablando de otra cosa,
¿cuál dirás que es la sorpresa
más grande que hoy he tenido?
Vamos, ¿á que no lo aciertas?

MARÍA. Como tú no me lo digas,
no adivino lo que sea.

LUIS. Pues me sorprendió que Andrés,
al verme herido, saliera
con tanto arrojo y peligro
de su vida en mi defensa.

MARÍA. A mí me hubiera asombrado
mucho más que no lo hiciera.

LUIS. ¿No has observado que siempre
existió entre los dos cierta
frialdad, y por su parte,
tal desvío y tal reserva,
que huía de hablar conmigo
y esquivaba mi presencia?

MARÍA. Aprensión tuya.

LUIS. Quizá;
pero, como yo, cualquiera
hubiera pensado, viendo
su altivez y su aspereza,
que, más bien que amigo mío,
mi enconado rival era.
Tal vez fueron infundadas
esas mezquinas sospechas.

MARÍA. No lo dudes.

LUIS. Ni es posible,
María, que dudar pueda

de quien con tanto valor
me ha salvado la existencia.

ESCENA IV

MARÍA, LUIS, CURRO; á poco JUAN

CURRO. ¡Ea! Digo que no quiero,
y no quiero; ¡se ha acabado!
LUIS. ¿Qué pasa, Curro?
CURRO. ¿Qué pasa?...
Pues por lo que yo no paso.
Llevo cerca de tres horas
sin mover piernas ni brazos,
ni decir oxte ni moxte
entre la hierba agachado;
y... ¡se acabó!
LUIS. ¿Qué es lo que haces?
CURRO. Pues, ¿qué he de hacer? Vigilando.
JUAN. ¿Ya dejaste el escondite?
CURRO. Sí, señor.
JUAN. ¿Ha ocurrido algo?
CURRO. Nada.
JUAN. ¿Pues qué haces aquí?
CURRO. He venido...
JUAN. ¿A qué? Habla claro.
CURRO. A que me den un fusil.
JUAN. ¿Un fusil?...
CURRO. De los del amo.
JUAN. Y tú, ¿para qué lo quieres?
CURRO. Eso no hay que preguntarlo.
JUAN. Sí, para comprometernos.
CURRO. ¡Yo, señor Juan!
JUAN. Vete al diablo.
CURRO. ¡Comprometerlos á ustedes!...
¡juro á Dios!...
JUAN. Juras en vano.

CURRO. Pero venga usted aquí,
señor Juan; si por acaso
se presentan esos tunos
á la puerta, ¿qué les hago?
¿Les pregunto por *madama*
y los *enfants?*... pues ¡canastos!
me descerrajan un tiro
á las primeras de cambio;
¿echo á correr?... pues lo mismo;
¿me quedo?... pues otro tanto.
Y entonces, ¿qué pasará?
Pues pasará... ¡esto es más claro
que la luz del día! que ellos
aquí entrarán sin obstáculo
como Pedro por su casa,
y prenderán á nuestro amo,
y á usted, y á la señorita,
y... ¡colorín colorado!
Mientras que si yo tuviese
un fusil, pongo por caso,
cuando quisieran entrar
les podría echar el alto;
y, tiro va y tiro viene,
pasaríamos el rato
hasta que todos ustedes
lograran ponerse en salvo.
Ya que esté de centinela,
quiero estar con arma al brazo
para defender mi puesto
cuando sea necesario.
Además, que es triste cosa
que á uno le den un balazo
y le dejen en el sitio
sin haber hecho otro tanto.
¡Como lleguen á venir!...
lo que es solo no me largo;
por lo menos, tres franchutes
van conmigo al otro barrio.

JUAN. Mira, coge lo que quieras,
y déjame en paz, muchacho.
CURRO. Gracias, gracias, señor Juan;
muchas gracias.
JUAN. ¡Y cuidado
con lo que haces!
CURRO. ¡Qué he de hacer!
Entre los bojes mirando
lo que pasa por la calle;
y si asoman los gabachos,
dejarlos venir; si llaman,
que llamen; pero si al cabo
forzasen la verja, entonces...
¡no hay más remedio! disparo.
LUIS. Dice bien.
CURRO. *(Yéndose.)* Hasta la vista.
JUAN. Curro.
CURRO. ¿Qué hay?
JUAN. Déjame á mano
el otro fusil.
CURRO. *(Haciendo ademán de disparar.)*
¿También
usted quiere...?
JUAN. Por si acaso;
se van poniendo las cosas
de tal suerte...
CURRO. *(Saliendo de escena.)*
¿Qué apostamos
á que, con tanto gruñir,
nos resulta un veterano?

ESCENA V

MARÍA, LUIS y JUAN

LUIS. Pero, dígame usted, Juan,
¿qué pasa?
JUAN. Nada.
LUIS. Por algo

serán esas precauciones.

JUAN. Ya lo dije: por si acaso.

LUIS. ¿Teme usted...?

JUAN. Todo lo temo;
desde que está pregonado
Andrés...

(El talento de la actriz que haga el papel de María, así como el director de escena, interpretarán la excepcional situación de dicho personaje desde el final de la escena tercera hasta el momento en que oye pronunciar el nombre de Andrés. En este intervalo su imaginación ha debido evocar, sin duda, los recuerdos del pasado, para explicarse mejor la naturaleza de los sentimientos que ha inspirado á Andrés. Esto no llega al público, pero debe de tenerse en cuenta para expresar convenientemente la situación de María.)

MARÍA. ¿Qué dicen ustedes?

JUAN. Y además, se ha puesto un bando...

MARÍA. *(Inquieta.)*
¿Qué significa...?

JUAN. En el cual
exhórtase al vecindario
á que le delate.

MARÍA. *(Con impaciencia.)*
Pero,
¿qué están ustedes hablando?
¿qué le ocurre á Andrés? ¿qué es eso
de pregones y de bandos?

LUIS. *(Haciendo señas á Juan para que calle.)*
Nada. ¿No vienes, María?

MARÍA. Ya iré.

LUIS. No tardes.

MARÍA. No tardo.

ESCENA VII

MARÍA y JUAN.

MARÍA. Juan.
JUAN. ¿Qué quieres?
MARÍA. ¿Dónde vas?
JUAN. Pues á recorrer la casa.
MARÍA. No tengas prisa.
JUAN. ¿Y si pasa
cualquier cosa?
MARÍA. Luego irás.
Escucha.
JUAN. ¿Por qué ese empeño?
MARÍA. Hoy tienes muy mal humor.
JUAN. Tal vez.
MARÍA. Pues hazme el favor
de desarrugar el ceño.
Necesito hablarte.
JUAN. ¿A mí?...
Déjalo para después.
MARÍA. Tengo que hablarte de Andrés.
JUAN. ¿Tú de Andrés?
MARÍA. Siéntate aquí.
JUAN. ¡Bueno va! Ya estoy sentado.
MARÍA. Siempre fuí una buena hermana
de Andrés; pero esta mañana
por vez primera he dudado
de que mi afecto haya sido
lo que creía.
JUAN. ¿Por qué?
MARÍA. Porque ahora de cierto sé
que el suyo no he merecido.
JUAN. ¿En qué te fundas?
MARÍA. En todo.
Si Andrés a mí me quisiera
como le quiero, se hubiera

conducido de otro modo.

JUAN. Tú no sabes lo que dices.

MARÍA. Entre hermanos no hay secretos;
y, sin pecar de indiscretos,
se cuentan, si son felices,
sus íntimas alegrías,
y en la desgracia sus penas;
como yo, que á manos llenas
le contaba á Andrés las mías.
No así él; que me ha ocultado,
hasta hoy mismo, una pasión
que, á la vez que el corazón,
su existencia ha destrozado.
¿Conoces tú á la mujer
que es causa de sus dolores?

JUAN. Nunca á mí de sus amores
me ha hablado.

MARÍA. ¿Y á sorprender
no llegaste su tristeza?

JUAN. Eso sí.

MARÍA. ¿Y no te contó...?

JUAN. Nada; ¡buena tengo yo
para cuentos la cabeza!

MARÍA. Pues, por mi parte, he podido
fácilmente comprender
que Andrés ama á una mujer
y que no es correspondido.

JUAN. Es posible.

MARÍA. No; es seguro,
Y tú la conoces.

JUAN. ¿Yo?

MARÍA. Sí; tú la conoces.

JUAN. No.

MARÍA. Júramelo, Juan.

JUAN. No juro.

MARÍA. No insisto; me basta ver
que no quieres contestar;
porque á veces es callar

tanto como responder.
(Breve pausa.)
Escucha de todos modos:
mi padre y tú habéis querido
mucho á Andrés, pero yo he sido
quien le quiso más de todos,
que al fin juntos compartimos
de nuestra infancia los días,
y las mismas alegrías
y pesadumbres tuvimos.
Aún en los troncos, grabados,
de los árboles, si vas
al jardín, encontrarás
nuestros nombres enlazados;
aún se ve perfectamente
la fecha que Andrés trazó,
el día que se ausentó,
en la piedra de la fuente;
tal vez mi primer pesar
lo causó aquella partida,
cuyo «adiós» de despedida
á gritos me hizo llorar;
¡qué triste me pareció
sin Andrés el mismo cielo!
y su nombre, ¡con qué anhelo
mi corazón repitió!
No acertaba á estar sin él;
y á medida que la ausencia
se acortaba, ¡qué impaciencia
me acosaba tan cruel!
En mis cartas—«¿Volverás
pronto?», siempre le escribía;
y al volver, ¡con qué alegría
le dije:—«Ya no te irás!»
¡Qué días los que siguieron
al de su vuelta! Dichosos,
alegres y presurosos
para nosotros corrieron.

Llama con sinceridad
estas cosas por su nombre
y dí, ¿no es querer á un hombre
y quererle de verdad?
(Breve pausa.)
¿No me respondes?
(Pausa.) Quien calla,
otorga, Juan.

JUAN. Así es.

MARÍA. Pues conmigo ha sido Andrés
el reves de la medalla.
Siempre le hallé cariñoso,
pero, si no de altanero,
tuvo mucho de severo
en nuestro trato amistoso.

JUAN. Es su carácter.

MARÍA. Hoy sé
que es su carácter así;
pero antes de hoy no lo vi,
y al juzgarle me engañé.
Hoy que sé cuánta amargura
su corazón envenena,
por evitarle una pena
diera mi mayor ventura;
y me inspira esa mujer,
que tan mal paga su amor,
ira y rabia.

JUAN. ¡Pues, señor,
no me queda más que ver!

MARÍA. ¿Qué es lo que quieres decir?
¿por qué extrañas?

JUAN. ¿Que te inspira
esa mujer rabia é ira?...
¡Pues si ella te llega á oir!

MARÍA. ¿La conozco?

JUAN. ¡Qué sé yo!

MARÍA. ¿Sabes?...

JUAN. Que haberla querido

su eterna desgracia ha sido.

MARÍA. Pues si él mismo me contó
que no la ha dicho jamás
que la amaba.

JUAN. Cierto.

MARÍA. Pues
si es desgraciado, lo es
por su culpa nada más.
Si de ignorante ha pecado,
esa mujer, no es traidora;
quizá le quiere, y, ahora,
siente que él haya callado.
¿Por qué le ocultó su afán?

JUAN. ¿Pues qué querías que hiciese?
¿que en la calle la siguiese
como hace tanto galán
imbécil, y como niño,
sin pizca de reflexión,
la dirigiera al balcón
ya una mirada, ya un guiño?
Pues si lo ha creído así,
tal mujer no le conviene;
porque ha probado que tiene
(Tocándose con el dedo en el pecho y en la frente.)
muy poco de aquí, y de aquí.

MARÍA. Eres injusto.

JUAN. Si yo
la conociera, ¡qué cosas
tan famosas la diría...
De seguro que...

MARÍA. Habla.

JUAN. No;
no son del caso, María;
pero, ¡tendrían que oir!

MARÍA. ¿Qué le pensabas decir?

JUAN. ¡Tantas cosas le diría!

MARÍA. Vamos; dímelas, por Dios;

lo deseo.

JUAN. ¡Qué capricho!

MARÍA. Dime...

JUAN. Nada. Harto te he dicho,
y... basta ya.

MARÍA. Juan...

JUAN. Adiós.

ESCENA VIII

MARÍA (sola).

Harto claro dió á entender
que es por mí tanta pasión.
¡Si él callara, el corazón
me lo haría comprender!...
Yo soy la ingrata mujer
que hirió á Andrés con su desvío...
Mas ¿por qué este desvarío?
¿por qué la inquietud me asalta?
¡por qué mi mente se exalta
pensando en Andrés, Dios mío!
¿Qué es esta ansiedad que siento
que hasta ahora jamás sentí?...
Cuando ha poco á Andrés oí
ponderar su sufrimiento,
me pareció que, á su acento,
se alzaba algo que dormía
en mi alma, y que moría
algo que el alma ocupaba...
Era una luz que expiraba
al par que otra luz nacía.
Aquel que en noche estrellada
contempla el suave fulgor
que llena de resplandor
la ancha bóveda azulada,
cuando fija la mirada

en tantas estrellas bellas,
imagina que son ellas
luz clara y resplandenciente...
mas brilla el sol en Oriente
y se apagan las estrellas.
Quien en la márgen de un río
ve las ondas pasajeras
que entre apartadas riberas
corren con sonante brío,
se asombra del poderío
del agua que ve pasar,
pero la llega á olvidar,
y hasta la juzga menguada,
cuando la ve sepultada
entre las olas del mar.
Quizá en rústico rincón
vivió alegre el campesino
bendiciendo su destino,
sin codicia ni ambición;
mas si á dorada mansión
le lleva su buena suerte,
y de ella dueño se advierte,
lo que antes le parecía
el centro de su alegría
lugar lo juzga de muerte...
Por sol la estrella tomé,
pensé que el río era mar
y el pobre y rústico hogar
regio palacio juzgué.
¡Cuán grande mi engaño fué!
Ante el nuevo resplandor
pierde la estrella el fulgor,
el hogar se desvanece,
el río en el mar perece...
y reina sólo el amor.

ESCENA IX

MARÍA, DON FERNANDO y JUAN.

(D. Fernando entra agitadísimo y detrás de él Juan.)

JUAN. ¿Qué tiene usted, don Fernando?
D. FER. ¡Hay que verlo!... ¡vive Cristo!...
¡verlo, como yo lo he visto!
MARÍA. ¿Qué ha visto usted?
D. FER. Ese bando
inicuo que pone á precio
la cabeza de Andrés.
MARÍA. *(En un grito.)* ¡Ah!
JUAN. Calle usted.
D. FER. ¡Déjame ya
desahogarme y que hable recio!
MARÍA. ¿Le condenan?...
D. FER. Por valiente.
MARÍA. ¿Le matarán?...
D. FER. A traición,
que hombres de tal corazón
no se matan frente á frente.
MARÍA. Pero, ¿qué hizo?
D. FER. Defender
su patria; oponer su pecho
en franca lid; eso ha hecho;
¡qué menos podía hacer!
Y ofrecen puñados de oro
por su vida; ¡miserables!
JUAN. Serán con él implacables.
MARÍA. ¿Y Andrés? ¿Dónde está?
D. FER. Lo ignoro.
En busca suya salí
hace un rato, y no le hallé;
ni alma ninguna se ve
que transite por ahí.
Madrid es un cementerio;

sus calles están desiertas,
cerradas todas las puertas,
sus hijos en cautiverio.
En silencio y soledad
se pone el sol y anochece,
y, como el día, parece
que agoniza la ciudad.
A veces á mis oídos
confusas quejas llegaban,
que de pronto se trocaban
en sollozos y gemidos;
fácil era adivinar
lo que allí pasado había,
sólo un dolor este día
hace gemir y llorar;
bien lo dicen altaneros
y arrogantes los franceses,
conduciendo como á reses
á inocentes prisioneros.
cuadro tan desolador
en medio de tanta calma,
á la vez infunde al alma
ira, vergüenza y horror.

JUAN. ¿Qué ruido?...

MARÍA. *(A Juan.)* Mira quién es.

D. FER. ¿Curro?

JUAN. *(Desde el foro.)* No es Curro el que viene.

D. FER. ¿Será Andrés?

MARÍA. ¡Qué duda tiene!
Sus pasos conozco.
(Se va al foro y exclama, estrechando con efusión entre las suyas la mano de Andrés, que aparece en escena.)
¡Andrés!

ESCENA X

MARÍA, DON FERNANDO, JUAN y ANDRÉS

AND *(Estrechando las manos de cada uno de los que nombra.)*
María... Juan... don Fernando...
MARÍA. ¡Gracias á Dios que has venido!
JUAN. ¿Dónde has estado?
D. FER. ¿Qué ha sido
de ti? ¿Qué has hecho?
AND. Salvando
de esa cobarde matanza
á mis amigos, al par
que les aliento á tomar
pronta y terrible venganza.
JUAN. ¿Aún piensas en combatir?
AND. En aflicción tan inmensa,
¿en qué cree usted que piensa
todo español?... ¿en huir?
Nuestro ánimo no se abate;
haremos el sacrificio
de la vida, en el suplicio
lo mismo que en el combate.
JUAN. Os será adversa la suerte
una vez más.
AND. ¡Y qué importa!
á la larga ó á la corta
el pueblo será el más fuerte.
Sacien en Madrid su saña,
en crímenes y atropellos
se gocen, y contra ellos
se alzará más pronto España.
Cuanto más grande la ofensa,
cuanto mayor el ultraje,
más se avivan el coraje
y el ardor en la defensa.

Los odios que desenfrenen
contra ellos se volverán.

JUAN. ¡Olas que alza el huracán
en la arena á morir vienen!

AND. A veces humilde río
que en paz la llanura baña,
desciende de la montaña
turbio, furioso, bravío;
rompe el cauce que le encierra,
asuela ciudad y llano,
y cual furioso Oceano
inunda toda la tierra.

D. FER. Es verdad.

JUAN. ¿Usted también
aplaude tales locuras?
¿no bastan las desventuras
que tenemos?

MARÍA. Dices bien.

JUAN. Hora es ya de dar oídos
á la razón, y confiese
que estamos, mal que nos pese,
derrotados y vencidos;
que es tan odioso el cobarde
huyendo, como el valiente
que sucumbe inútilmente
de su arrojo haciendo alarde.

AND. ¡Oyéndole se diría
que no tiene corazón!
¡Someter á la razón
desapasionada y fría
el impulso... no, el instinto
que ciegamente nos mueve
á matar al que se atreve
á profanar el recinto
de nuestro hogar, y sus manos
pone en nuestra madre, y mata
á nuestra esposa, y maltrata
á nuestros hijos y hermanos!...

En tales casos, pensar
es tan infame, que fuera
más grande y noble una fiera
que mata sin razonar.

JUAN. ¿No te inspíra compasión
tanta víctima inocente?

AND. Como otro cualquiera siente
y sufre mi corazón;
mas no me inspiran ternezas
el crímen y la metralla,
ni mi indignación se acalla
con femeniles flaquezas;
no suspiro y me contengo
ante el vil asesinato:
odio al verdugo, y le mato,
y á la víctima la vengo.

JUAN. Tu pasión no tiene nombre;
¿sólo al odio has de ceder?

AND. Llore la débil mujer
tales desdichas, no el hombre.
Si hubiera usted presenciado
la catástrofe tremenda
como yo, y en la contienda
á tanto héroe asesinado...
entonces, ¡ay! no hablaría
de piedad y compasión,
que también su corazón
de cólera estallaría.
Aún se alzan ante mis ojos
tantas escenas de muerte;
la hostilidad de lo inerte;
los palpitantes despojos.
Todavía mis miradas
ven presurosas pasar,
como las olas del mar,
mil sombras ensangrentadas.
Aún parece que se escucha
el pavoroso estampido

del cañón, y que á mi oído
llega el fragor de la lucha.
Hubo instantes en que entramos,
cual segador en las mieses,
entre masas de franceses
cuyas filas derribamos.
Ayes, gritos y clamores
llenaban el ancho cielo,
y, en ríos de sangre el suelo,
víctimas y matadores.
En nuestro triunfo embriagados
con denuedo combatimos,
pero en breve espacio vimos
que un enjambre de soldados,
hombres duchos en las artes
de ganar una batalla,
como ciclópea muralla
nos cercó por todas partes.
En infernal remolino
nos batimos brazo á brazo,
dispuestos en corto plazo
á morir ó abrir camino.
No fué larga la agonía;
combatiendo sin cesar
logramos al fin llegar
al Parque de Artillería;
¡ah! entonces la luz del sol
me pareció más brillante;
¡qué orgullo, en aquel instante,
tuve de ser español!
Eran pocos; reunidos
en torno de una bandera
que ya un harapo sólo era;
rotos, sangrientos, heridos.
En medio del grupo había,
espada en mano, un soldado,
pálido y ensangrentado,
que el combate dirigía

con la varonil cabeza
entre el fuego, altiva y sola
cercada de una aureola
de magnífica belleza.
Junto á los héroes yacían
cadáveres, cuyos ojos
mirar con ira y enojos
al invasor parecían.
Tres veces seguidas, tres,
aniquilar intentó
aquel baluarte, y huyó
el ejército francés.
Pero ¡ay! al fin pudo más
la traición que el heroísmo;
y allí cayó el patriotismo
á mansalva y por detrás.
De su infame traición ciertos
pronto gritaron: «¡Victoria!»
y en aquel campo de gloria
sólo hubo un montón de muertos.
(Breve pausa.)
Hable usted de compasión
cuanto quiera; mi piedad
se ha trocado en crueldad,
y en piedra mi corazón.
Ante la sangre vertida,
ante mis muertos hermanos,
no gimo, buscan mis manos
con ansia el arma homicida;
la sangre enemiga vierto,
y ni cejo ni perdono;
sólo arrancar ambiciono
mil vidas por cada muerto.

ESCENA XI

MARÍA, JUAN, DON FERNANDO, ANDRÉS y LUIS.

(Al principiar la escena, Juan trae una luz que coloca sobre la mesa.)

LUIS. Andrés, celebro encontrarle;
tengo con usted hoy deuda
de gratitud.

AND. ¡Por favor!...
Su buen deseo exagera;
quien cumple con su deber,
en la paz como en la guerra,
merece que se le estime,
mas no que se le agradezca.
¿Y la herida?

LUIS. No fué nada;
ya casi no me molesta.

AND. ¿Podrá usted venir conmigo?

LUIS. Cuando quiera y donde quiera.

AND. Estar herido, es decir
que se estuvo en la pelea;
y el herido, y las personas
que le encubran, tienen pena
de muerte.

LUIS. ¿Y usted?

MARÍA. ¿No sabes
que á ti también te condenan?...

AND. Eso nada significa;
quizá muy pronto me tengan
al alcance de su mano;
veremos cómo se arreglan,
cuando estemos frente á frente,
para cumplir la sentencia.

MARÍA. ¡Oh Andrés! ¿No fuera mejor
que mi padre dispusiera
que fuésemos á pasar

unos meses á la hacienda
que tiene en el campo, y tú
con nosotros te vinieras?
Nada mejor que estar juntos.

D. FER. Me parece bien la idèa.

AND. No insistan ustedes más;
suceda lo que suceda
he de cumplir lo que debo.
(A Luis.)
¿Vamos ya?

LUIS. Cuando usted quiera.

AND. *(A. D. Fernando.)*
Si alguna cosa ocurriere
ya ustedes saben las señas.

D. FER. Conocemos bien la casa.

MARÍA. ¿Os podremos ver en ella?

AND. A cualquier hora.

D. FER. Que Juan
os acompañe.

AND. Que venga
si quiere.

JUAN. ¡No he de querer!

D. FER. *(A Juan.)*
Te vas á la descubierta
delante de ellos, ¿entiendes?

JUAN. Sí, señor.

D. FER. Juan, que no tengan
un mal encuentro.

JUAN. Usted sabe
que soy la misma prudencia.
(Juan recoge y entrega á Luis y Andrés sus capas y sombreros.)

LUIS. Adiós, María.

MARÍA. Adiós, Luis.

LUIS. Don Fernando... *(Hablan los dos.)*

MARÍA. Andrés, ¡qué pena
tenernos que separar!

AND. Ya le verás con frecuencia.

MARÍA. ¿Y á ti?
AND. También.
MARÍA. Que no hagáis
locuras que os comprometan.
AND. Te respondo de él, María.
MARÍA ¿Y de ti?
AND. Lo que Dios quiera.
MARÍA. No, Andrés; pediré á la Virgen
del Carmen que te proteja.
(Se van todos, menos María, por la puerta del primer término derecha.)

ESCENA XII

MARÍA y DON FERNANDO

(María coge un libro y se sienta á leer en el primer término izquierda; á poco llega su padre, que dice la siguiente frase en el umbral de la puerta.)

D. FER. Ya se marcharon.
(Pausa; pasea la mirada por todas partes; se dirige al sillón que está junto á la mesa, y se sienta.)
¡Qué triste
es estar solo!
(Pausa; coge y suelta preocupado los objetos de la mesa y arregla el pábilo de la luz.)
No acierto
á moverme ni á hablar alto.
(Otra pausa; se vuelve, sin levantarse, hacia María, á quien contempla en silencio.)
¿Qué haces, hija mía?
MARÍA. Leo
este libro de oraciones.
Y usted, ¿en qué piensa?
D. FER. Pienso
en que ha dicho no sé quién
que cada hombre es un misterio,

y es la verdad; y si no.
¿cómo te explicas tú esto?
Esta mañana, tu boda
me entristecía en extremo;
la casa, tan animada,
se me antojaba un infierno;
no quería ver á nadie;
irritaban mi mal genio
cuantos me hablaban, y yo
les respondía gruñendo;
gozaba en la obscuridad,
me deleitaba el silencio
y, estar inmóvil y solo
sin pensar, era mi anhelo.
Pues bien; ahora me sucede
todo lo contrario: siento
que al fin no te hayas casado;
que el sol no luzca en el cielo;
que no esté aquí con nosotros
medio Madrid por lo menos,
para charlar por los codos
y... ¡vamos! que no me encuentro
tampoco á gusto esta noche,
y á mi pensar me entristezo
por... porque sí.

ESCENA XIII

MARÍA, DON FERNANDO y CURRO

Curro entra de puntillas y se dirige á Don Fernando, con quien habla á media voz; María vuelve á su lectura.

CURRO. Don Fernando.
D. FER. ¿Qué ocurre?
CURRO. Que ahí les tenemos.
D. FER. ¿A quién?
CURRO. Pues, á los franchutes.
D. FER. ¿Qué dices?
CURRO. Ni más ni menos.

Equivocaron las señas,
y llamaron los zopencos
en ese jardín que está
frente por frente del nuestro;
bajaron á abrir, y mientras
deshicieron el enredo
me enteré de cabo á rabo
de todo lo que dijeron.
Saben que Andrés tiene aquí
amistad y parentesco,
y nos vienen á prender.

D. FER. ¿Qué hacemos, Curro?

CURRO. ¿Qué hacemos?...
pues la cosa es bien sencilla;
sin pérdida de momento,
usted y la señorita
toman las de Villadiego.

D. FER. ¿Tú te vendrás con nosotros?

CURRO. No, señor; que yo me vuelvo
al jardín á todo escape.

D. FER. ¿Qué intentas?

CURRO. Entretenerlos
como Dios me dé á entender,
don Fernando, y ganar tiempo
para que escapen ustedes.

D. FER. ¿Y tú?

CURRO. Iré á buscarles luego.
(Se oyen, fuera, fuertes y repetidos golpes.)

MARÍA. *(Asustada.)* Padre, llaman.

D. FER. *(Con misterio.)* Calla y vente
conmigo.

MARÍA. ¡Divinos cielos!
¿qué pasa?

D. FER. Ya lo sabrás;
ahora sígueme en silencio.

CURRO. Pronto. *(María y don Fernando se dirigen á la puerta del primer término derecha.)*

D. FER. Que te espero, Curro.

CURRO. Bueno, señor.
D. FER. *(Al ir á desaparecer.)* Que te espero.

ESCENA XIV

CURRO

(Una vez solo, Curro se va de puntillas por el foro.—La escena queda sola durante algún tiempo.—Después de un buen rato de haber salido Curro, se oye un tiro; de allí á poco, otro; luego, dos á la vez. Estos disparos deben ser muy poco ruidosos.—Transcurren algunos segundos, y aparece de nuevo Curro, por la puerta del foro, herido y tambaleándose.)

CURRO. Han desperdiciado un tiro;
bastaba con el primero.
De dos, yo he tumbado á dos;
gano por un tanto el juego.
(Apaga la luz, y arrastrándose penosamente llega á la puerta del foro, cerrándola con grandes esfuerzos.)
Ahora, cuando entren aquí,
no hallarán á nadie. *(Cae muerto contra la puerta.)*

ESCENA XV

CURRO y DON FERNANDO

(Don Fernando aparece en la puerta por donde salió, se dirige al foro, tropieza con el cuerpo de Curro, se inclina, le reconoce y exclama:)

D. FER. ¡Muerto!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación modestísima; puertas laterales y una ventana grande en el foro. A la izquierda del actor, una imagen de la Virgen de los Dolores.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS, JUAN y LUIS

(Juan y Luis, á la izquierda; Andrés, á la derecha, escribiendo.)

JUAN. Para que amanezca, falta
mucho tiempo todavía.
LUIS. ¡Qué hermosa noche!
JUAN. Sí; pero
las mañanas son muy frías.
Vaya usted á echarse un poco.
LUIS. ¿Para qué?... no dormiría.
JUAN. Y tú, Andrés, ¿cuándo concluyes
esas cartas?
AND. En seguida.
(Dictándose y escribiendo.)
«... Hay que sublevar en masa
»á todas nuestras provincias;
»que el grito de independencia
»España entera repita,
»y resuene en nuestros campos,
»en las aldeas y cimas
»de nuestras libres montañas

»en tantas guerras invictas.
»A todas partes llevad
»la imagen sangrienta y viva
»de este glorioso y terrible
»Dos de Mayo, que atestigua
»que el valor de nuestros padres
»aún en los hijos palpita.
»Decid á nuestros hermanos
»que Madrid perece víctima
»de la perfidia francesa,
»que España gime cautiva,
»que su honra es nuestra honra,
»que en nuestros esfuerzos fía
»su libertad y grandeza,
»y, por causa tan bendita
»y justa, debemos todos
»arriesgar hacienda y vida.»
He terminado. Estas cartas,
así que haya entrado el día,
quiero que las lleve usted
á quienes van dirigidas.
(Entrega las cartas á Juan, que se las guarda.)

JUAN. ¡Ah! Mientras tú en fomentar
la guerra sólo meditas,
en el viento de la noche
llegan claras y distintas
á estos sitios las descargas
con que á los nuestros fusilan.
(Señalando á la ventana.)
¿No las oyes?... A pequeños
intervalos repetidas,
anuncian con ronco estruendo
que expirantes caen cien víctimas.
Al través de las tinieblas,
desde esa ventana mira,
y verás las resplandores
de los disparos.

AND. Daría

por tomar pronta venganza,
si las tuviera, cien vidas.

JUAN. ¿Será fecunda la sangre
hoy á torrentes vertida?

AND. No lo dude usted; la hora
del desquite se aproxima.

LUIS. ¡Ah! Sí; no pueden quedar
sin castigo tanta inicua
crueldad y tanta infamia,
ó en los cielos no hay justicia.
(Se oye llamar al exterior de la casa.)

JUAN. *(A Andrés.)* ¿Has oído?

AND. Sí; han llamado.

JUAN *(Dirigiéndose á la ventana.)*
¿Quién será? *(Se asoma.)*
No se divisa
más que un bulto.

AND. Pues pregunte.

JUAN. *(Gritando.)* ¿Quién llama?

MARÍA. *(Dentro.)* Soy yo.

AND.
LUIS. } ¡María!

ESCENA II

ANDRÉS, JUAN, LUIS y MARÍA

(Juan sale á abrir y vuelve con María; mientras tanto, Andrés y Luis han estado asomados á la ventana.)

LUIS. ¿Qué ocurre?

AND. ¿Por qué ese llanto?

MARÍA. *(Sollozando.)* Mi padre...

AND. ¿Qué ha sucedido?

MARÍA. *(Con hipo.)* Preso... preso...

LUIS. ¿Le han prendido
los franceses?

JUAN. ¡Cielo santo!

MARÍA. ¡Padre mío!...
JUAN. Vamos, calma;
tranquilízate, hija mía.
AND. Pero, ¿cómo fué, María?
LUIS. Dínoslo.
MARÍA. ¡Padre del alma!
AND. Habla.
MARÍA. Salisteis, y allí
nos quedamos él y yo
solos; á poco llegó
Curro, y hablaron; yo oí
llamar; mi padre, en seguida,
se acercó á mí; «calla y vente»,
me dijo; é inmediatamente
nos pusimos en huida.
No fué muy largo el camino;
pues, en la calle cercana,
llamó quedo á la ventana
de la casa de un vecino;
me confió á su cuidado
mientras él iba á buscar
á Curro y á averiguar
lo que en casa había pasado.
Tras los vidrios de la reja
me puse al punto en acecho,
febril, palpitante el pecho,
sin exhalar ni una queja;
de allí á poco oí el disparo
de un tiro... y otro después...
y luego dos... ¡ay, Andrés!
¡qué angustia! ¡qué desamparo!
yo no sé lo que sentí
cuando entre tanto soldado
vi á mi pobre padre atado
pasar delante de mí;
perdí en el acto el sentido,
y, apenas lo recobré,
aquella casa dejé

y corriendo aquí he venido.
Luis, Andrés... ¡por compasión!
Salvad á mi padre.

LUIS. Fía
en nuestro esfuerzo, María.

AND. Por lograr su salvación
hemos de hacer sin tardanza
cuanto pueda nuestro brío.

MARÍA. ¡Oh sí, en vosotros confío!

AND. Sí; no pierdas la esperanza!
Juan... Luis... los dos; ya propicias
ó adversas, con prontitud
y con toda exactitud,
traedme cuantas noticias
sea posible recoger
de don Fernando; aquí espero.

LUIS. Vamos, Juan.

JUAN. Sí, vamos; pero...
¡ya lo puedes suponer!

ESCENA III

ANDRÉS y MARÍA

MARÍA. ¿Qué ha dicho?

AND. Nada. Cálmate, María.

MARÍA. No me engañes, Andrés; por Dios te ruego
que no me ocultes la verdad. Sería
criminal mi abandono, y moriría
desesperada y blasfemando luego.
Si ha de morir, dejadme ir á su lado,
que le hable, que le escuche, que me vea;
que no piense que yo le he abandonado;
que en trance tan horrible y desdichado
yo su consuelo en su agonía sea.

AND. No morirá.

MARÍA. Ya nada bueno auguro.

AND. No morirá.
MARÍA. Cuando de aquella suerte
fué preso y arrastrado, de seguro
la muerte le darán.
AND. Pues yo te juro
que salvaré á tu padre de la muerte.
MARÍA. ¡Andrés! ¡Andrés!
AND. Despierta á la esperanza.
MARÍA. ¿Quizá su salvación está en tu mano?
AND. María, á poco mi poder alcanza;
pero, por esta vez, ten confianza.
MARÍA. ¿Será verdad?
AND. No juro nunca en vano.
MARÍA. ¡Qué bueno eres, Andrés! ¡Y yo tan ciega
que tu alma generosa no veía!
¡Cómo el destino con nosotros juega!
¡Tengo la dicha junto á mí, y se entrega
á un bien dudoso el corazón!
AND. María,
¿qué dices?
MARÍA. Déjame que en este instante
te exprese con verdad mi sentimiento;
no me juzgues ni creas inconstante:
hoy por primera vez me siento amante,
hoy por primera vez el amor siento.
AND. El dolor te trastorna.
MARÍA. No lo creas;
nunca en mi alma como ahora han sido
tan claras y precisas las ideas;
míramę cara á cara, porque leas
lo que hasta hoy en mis ojos no has leído.
AND. ¡María!
MARÍA. Fui inexperta, fui inocente;
te llamaban mi hermano, y como hermana
creía que te amaba ciegamente;
hasta que he comprendido de repente
ese funesto error esta mañana.
AND. ¡Calla! ¡calla, por Dios! porque imagino

que dictan tus palabras mi promesa.

MARÍA. La ficción aborrezco y abomino;
¿por qué ese pensamiento tan mezquino
cuando mi amor el labio te confiesa?
No es un ciego egoísmo el que me inspira,
ni el agradecimiento el que me inflama,
es el amor; y si lo dudas, mira...
¡que perezca mi padre si es mentira!
¿Dudas aún de que mi pecho te ama?

AND. ¡Gracias! ¡gracias, Dios mío! ¡Has apartado
de mis labios el cáliz de amargura!
¡Amar inmensamente y ser amado!...
El dulzor de la vida ya he gustado.
¡Y en qué instante me ofreces la ventura!

MARÍA. ¡Andrés! ¡Andrés!

AND. ¿Será cierta, María,
esta dicha que tanto codiciaba?

MARÍA. ¡Que si es cierta!... ¿Lo dudas todavía?

AND. ¡Oh! ¡qué felicidad!

MARÍA. ¡Yo no sabía
cuánto te amaba, Andrés, cuánto te amaba!
El afecto tranquilo y confiado,
la vida de familia sin enojos,
la costumbre de verte aquí á mi lado,
como á Juan y á mi padre, han ocultado
el amor tantos años á mis ojos.
Pero existía en mí este sentimiento,
existía; y la fiebre abrasadora
de este día de lucha y sufrimiento,
tanta ansiedad, el choque violento
de tantas penas como el alma llora
y el estrago terrible de la guerra,
sacudieron con furia mis entrañas
y surgió esta pasión que el alma encierra,
cual surge en los temblores de la tierra
el volcán que corona las montañas.

AND. ¡Cuánto dolor, cuánto pesar y cuánto
martirio este momento recompensa!

¡Amar sin esperanza, sufrir tanto,
y de pronto gozar el dulce encanto
de una dicha tan honda y tan inmensa!
Porque tú no lo sabes; yo te amaba
como á un ángel del cielo cuando niño;
joven, en contemplarte me extasiaba,
y en amor invencible se trocaba
el de la infancia fraternal cariño.
Siempre he tenido de mi amor conciencia;
siempre, siempre te amé; siempre he pensado
consagrarte á ti sola la existencia;
te amaba en tu insensible indiferencia;
á otro querías... y también te he amado.
Por ti mi corazón se sacrifica;
como el fuego, mi amor voraz se extiende;
la escoria con sus besos purifica,
da luz, fuerza, calor y vivifica,
nace en la tierra y hacia el cielo asciende.

MARÍA. Piensa en mi padre, Andrés.

AND. Tuya es mi alma,
mi existencia también tuya, María;
por tu felicidad daré con calma
la sangre de mis venas, y la palma
del martirio veré con alegría.
Ya no me importan penas ni dolores;
seré animoso ante la adversa suerte,
mi corona de espinas tendrá flores,
endulzarán mis odios tus amores
y con valor arrostraré la muerte.

MARÍA. No me hables de morir; tan sólo anhelo
que salves á mi padre, y ¡qué felices
podremos ser!

AND. ¡Felices!... sí... ¡en el cielo!

MARÍA. Y en la tierra.

AND. En la tierra todo es duelo,
sangre y desolación.

MARÍA. Andrés, ¿qué dices?

AND. ¡Ay! si supieses la tremenda lucha

que entre mi corazón y mi albedrío
se libra en este instante!... porque, escucha,
aunque por ti mi abnegación es mucha,
algo protesta en mí, y á pesar mío.
Es mi amor, sí, mi amor que, violento,
egoísta y cruel, me grita y llama,
y, con terrible y angustiado acento:
«huye, dice, al peligro y al tormento,
y, pues eres dichoso, vive y ama».
¡Es tan grata y tan bella la existencia
después de haber luchado y padecido!...
¡Ay! ¡cómo renunciar á tu presencia!
¡cómo aceptar una tan larga ausencia
cuando apenas tu amor he conocido!

MARÍA. No te comprendo, Andrés; si de la muerte
librares á mi padre sin ventura,
¡cuánto mi corazón no ha de deberte!
pero, muriendo, seguiré su suerte
y perderás mi amor y mi ternura.

AND. ¿Tú morir?... ¡Ah! no abrigues más temores;
pronto á tu padre abrazarás gozosa;
pasarán de esta guerra los horrores,
vendrán horas de paz, tiernos amores
serán tu encanto y vivirás dichosa;
y mi recuerdo llenará tus días
sin que pueda borrarlo ningún hombre;
á mí me deberás tus alegrías,
las esperanzas tuyas serán mías
y con fervor pronunciarás mi nombre.
¿Tú morir?... ¡Ah! perdóname, María,
si dudé, si temí; Dios igualmente
el cáliz del dolor apartó un día
de sus labios, y, al verse en la agonía,
dobló abatido la divina frente.

ESCENA IV

ANDRÉS, MARÍA y JUAN

MARÍA. ¡Oh! ¡Juan! ¿Traes noticias?
JUAN. Sí.
AND. Diga usted pronto por Dios,
qué ha averiguado.
MARÍA. *(Viendo que trata de separar á Andrés.)*
A los dos.
JUAN. ¿A los dos?... No; *(á Andrés)* sólo á ti.
MARÍA. *(Con ansiedad.)*
Y á mí, Juan.
JUAN. De ningún modo.
MARÍA. *(Atemorizada.)*
¡Le han matado, Virgen mía!
JUAN. No ha muerto.
AND. Hable usted; María
debe de saberlo todo.
JUAN. ¿Tienes el juicio cabal?
AND. He ofrecido no ocultarla
la verdad.
JUAN. ¿Quieres matarla?
AND. Más cruel y más mortal
es el silencio traidor
que por la espalda nos hiere;
María, como yo, quiere
ver cara á cara el dolor.
Además, si don Fernando
vive aún, se salvará;
hable usted, que nos está
con su silencio matando.
JUAN. Sea, pues que así lo quieres.
Pasé por el Prado; allí,
montones de muertos vi
de hombres, niños y mujeres.
A la gente se fusila

sin auxilio de la cruz,
de grupo en grupo, á la luz
de un farol, puestos en fila.
Apartando con horror
la vista de tanto mal,
dirigíme al Principal
por saber de mi señor.
El jardín de casa abierto
vi al pasar, y, entre el tumulto
de la gente medio oculto,
que á Curro sacaban muerto.

AND. ¿Ha muerto Curro?

JUAN. Luchando
como un héroe; por salvarle,
y sin duda por vengarle,
prendieron á don Fernando.

MARÍA. ¡Cuántas desgracias!

JUAN. Seguí
mi camino, y, al fin de él,
la verdad fué más cruel
de lo que antes presumí.
Entre un grupo, cuya suerte
leí en su aspecto sombrío,
vi á don Fernando.

MARÍA. ¡Dios mío!

AND. ¿Le han condenado?...

JUAN. Sí; á muerte.

MARÍA. ¡Padre del alma!

JUAN. Altaneros,
tranquilos, y custodiados
por numerosos soldados,
estaban los prisioneros,
esperando la brigada
que los iba á conducir
hasta el Prado.

MARÍA. ¡Va á morir,
Santo Dios!

AND. No temas nada.

MARÍA. ¡Sálvale!
AND. Sin duda alguna.
JUAN. En este instante quizá
hacia el patíbulo va;
no hay esperanza.
AND. Sí; hay una.
(Con solemnidad.)
JUAN. ¿Cuál?
AND. Esperadme los dos.
(A María.)
Juré que le salvaría
y le salvaré, María.
JUAN. ¿Cómo?
AND. Como quiera Dios.
JUAN. Andrés, no quiero que partas.
MARÍA. ¡Qué! ¿No le dejas marchar?
AND. No se olvide de llevar
á su destino esas cartas.
JUAN. Creo en tus ojos leer
una decisión funesta.
AND. Acabemos.
JUAN. Pues contesta;
¿qué es lo que piensas hacer?
AND. Urge el tiempo.
JUAN No te irás.
MARÍA. ¿Que no se irá?
JUAN. Escucha.
AND. No.
MARÍA. ¡Matas á mi padre!
JUAN. ¡Yo!
MARÍA. Sí; tú le matas.
AND. Atrás.
JUAN. Andrés, no me desesperes;
te he dado casa y abrigo,
mi pan compartí contigo,
me debes vida y cuanto eres,
por ti arrostré mil pesares;
y ahora, que á la vejez llego,

¿me abandonarás?... Te ruego,
cual te amparé, que me ampares.

AND. Se me parte el corazón,
pero no la voluntad.

MARÍA. ¿Será tarde?... ¡Qué ansiedad!

JUAN. No vayas; ¡por compasión!

AND. Paso; todo inútil es

JUAN. Ve estas lágrimas.

AND. Ya el día
no tardará. Adiós, María.
Adiós, Juan.

JUAN. *(Siguiéndole.)*
¡Andrés, Andrés!

ESCENA V

MARÍA

Ya se fueron; ¡qué agonía!
¡Cuánta siniestra negrura!
¡Cuántas olas de amargura
invaden el alma mía!
(Se asoma á la ventana.)
Ni el más ligero rumor
en la obscuridad se advierte...
El silencio de la muerte
causara menos horror...
Todo negro, todo en calma...
eterna noche de duelo...
¡Cuántas sombras en el cielo!
¡Cuántas sombras en el alma!
(Pausa.)
Pasa el tiempo...
(Dirigiéndose á la imagen de la Virgen.)
Virgen pura,
gloria y esperanza nuestra,
á quien el cielo nos muestra
como faro de ventura;

tú, que amparas y proteges
á justos y á pecadores,
apiádente mis dolores;
Madre mía, no me dejes
huérfana y sola en la vida;
ten compasión, ten clemencia
y á mi padre la existencia
sálvale, Virgen querida.
En ti espero, en ti confío
y en el que llevaste un día
en tus entrañas.

D. FER. *(Dentro.)* María.

MARÍA. ¿Esa voz?... ¡él!
(Entra D. Fernando y se abrazan.)
¡Padre mío!

ESCENA VI

MARÍA DON y FERNANDO

MARÍA. ¡Libre!... La Virgen del cielo
ha escuchado mis plegarias;
gracias, gracias, Madre mía.
¿Y Andrés?

D. FER. ¿Andrés?

MARÍA. De esta casa
salió ha poco.

D. FER. ¿Dónde ha ido?

MARÍA. Al saber que usted estaba
preso y condenado á muerte,
secó piadoso mis lágrimas,
jurándome que él podía
salvarle; y, sin más tardanza,
se marchó con tal objeto
no ha mucho.

D. FER. ¡Cosa más rara!

MARÍA. ¿No le vió usted?

D. FER. No le he visto.

MARÍA. Entonces, padre, ¿á qué causa
debe usted el estar libre?
¿Qué ha pasado?
D. FER. Calla, calla...
deja que recuerde... Temo
comprender... Sí, sí; marchaba
yo con otros infelices
entre dos filas compactas
de soldados, cuando un hombre,
el rostro envuelto en la capa,
se fué al jefe de la escolta
y hablaron breves palabras;
después, el jefe, mandándome
desatar, dijo en voz alta:
—«Estás indultado y libre;
puedes marcharte á tu casa.»
MARÍA. ¿Y ese hombre?...
D. FER. No sé quién era;
los soldados me cercaban,
la noche era aún muy obscura
y él, lejos, se recataba.
MARÍA. Sería Andrés.
D. FER. ¡Oh! sí, ha sido
Andrés!...

ESCENA VII

MARÍA, DON FERNANDO y JUAN

(Juan, que ha oído las últimas palabras anteriores, entra apresuradamente y descompuestos traje y rostro.)

JUAN. ¡Le matan! ¡le matan!
Se ha entregado por usted.
D. FER. ¿Qué dices?
MARÍA. ¡Andrés del alma!

JUAN. *(Abriendo la ventana, cuya viva luz del amanecer contrastará con la obscuridad de la escena.)* Mire usted.

(Se acercan todos á la ventana y miran al exterior.)

D. FER. Soy un cobarde.

MARÍA. *(Cayendo anonadada en los brazos de su padre.)* ¡Qué horror!

JUAN. *(Enarbolando los puños.)* ¡Venganza! ¡venganza!

Madrid 5 de Octubre de 1893.

FIN DEL DRAMA